

PUERTO PRÍNCIPE MÍO

Por Rigoberto López

1

La realización de Puerto Príncipe Mío fue una experiencia humana y cinematográfica muy intensa y singular, para mí trascendente. Por todo lo que nos reveló su propio tema, la ciudad y el país (Haití) que lo protagonizan, y por la pasión y el amor con que finalmente quedamos involucrados en lo que fue, para todos los que participamos en la realización del documental, un acto reiterado de entrega y descubrimientos. Significó también la posibilidad de visitar y conocer Haití, que en mi propio sentido de la apropiación de la, o las culturas del caribe, y en la naturaleza de mi propia identidad como cubano, y por extensión caribeño, fue durante muchos años una tentación y una asignatura pendiente. Fue, finalmente, la consumación del abrazo después de demasiados años de seducción y noviazgo a distancia.

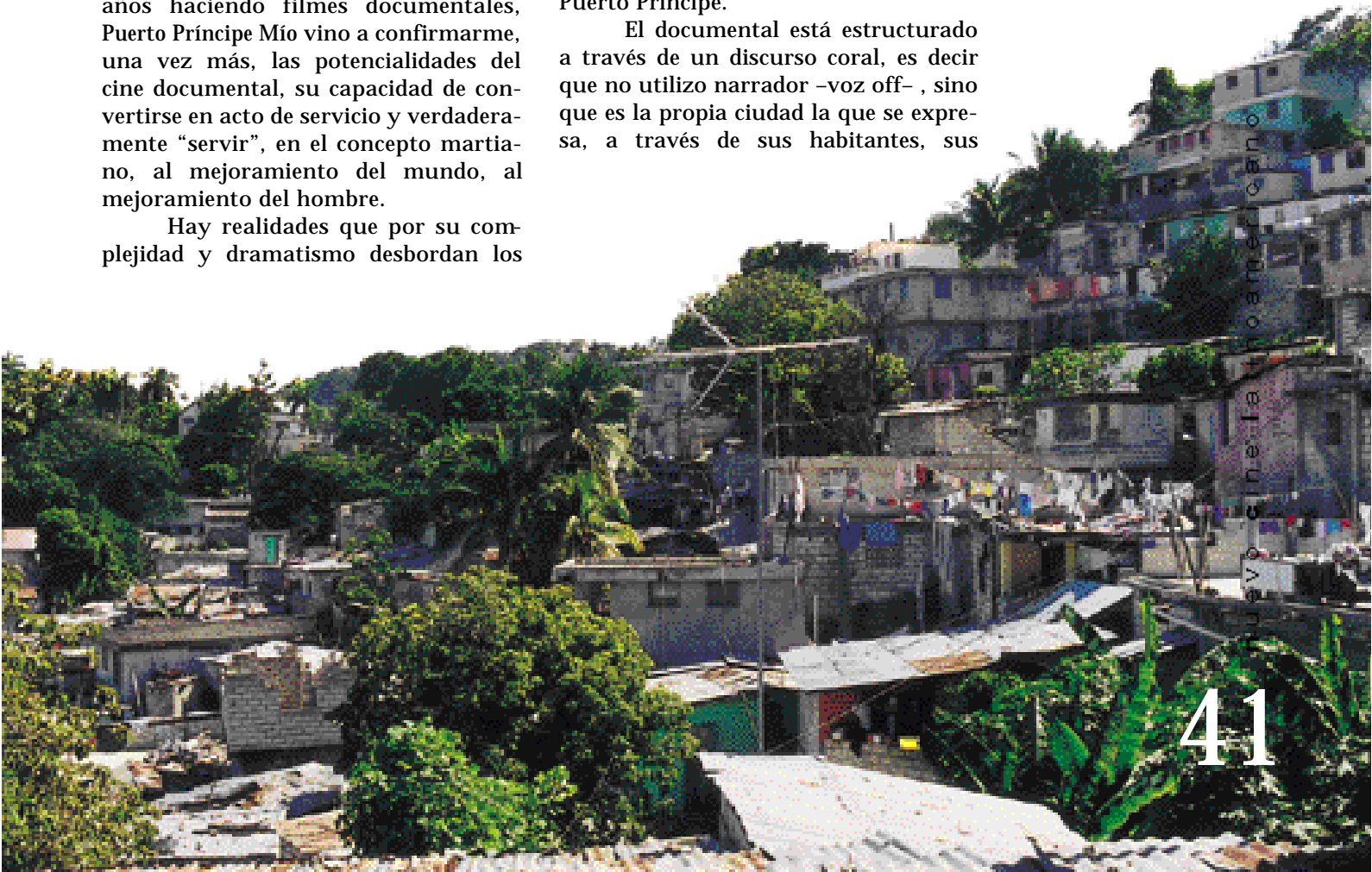
En términos cinematográficos un documental como éste fue un estímulo, una renovación de mi confianza en el género, porque después de muchos años haciendo filmes documentales, Puerto Príncipe Mío vino a confirmarme, una vez más, las potencialidades del cine documental, su capacidad de convertirse en acto de servicio y verdaderamente “servir”, en el concepto martiano, al mejoramiento del mundo, al mejoramiento del hombre.

Hay realidades que por su complejidad y dramatismo desbordan los

límites de la palabra para poder hacerse cuerpo en la razón y en el sentimiento de la gente y entonces salta la necesidad de comunicarlas a través de la imagen, a través de esa narración otra que es el cine, el documental, y que la realidad misma, el conflicto y sus personajes, alcancen a comunicar al espectador así la fuerza y hondura de la historia. No importa si el formato es el celuloide o el video y sus nuevas tecnologías. Claro que de lo que se trata es que esa historia real sea bien contada en términos de su lenguaje.

Una realidad tan dramática como la que vive o “sobrevive” la capital de Haití, hizo que esto se hiciera absolutamente cierto para nosotros, pues creo que sólo viendo esas escenas, atendiendo a los relatos vívidos de sus habitantes, puede alguien dimensionar verdaderamente el alcance de esta tragedia, intentar conocer las causas que la provocan y querer formar parte de la esperanza de quienes quieren salvar para Haití y su pueblo, para el Caribe y América, para el mundo, la ciudad de Puerto Príncipe.

El documental está estructurado a través de un discurso coral, es decir que no utilizo narrador -voz off-, sino que es la propia ciudad la que se expresa, a través de sus habitantes, sus





urbanistas, sus poetas, sus artistas; ellos dieron al documental el testimonio de sus desgarramientos y de sus sueños.

Pienso que es documental en su acepción más directa, es decir que los personajes y las escenas que testimonian el drama muestran al espectador “el ahora y el aquí” de tan estremecedora realidad a través del registro directo de la cámara; para lo que cuidamos de no incurrir en una retórica miserabilista, con una actitud de respeto y sin estridencias. Recuerdo que Gabriel García Márquez, después de ver Puerto Príncipe Mío en una proyección entre amigos, sinceramente impresionado, comentó: Lo que más me gusta es que fue hecho sin soberbia.

La realización de este documental, profesionalmente fue también una oportunidad que agradezco, pues aunque antes había tenido la ocasión de trabajar en video cuando dirigí una tele-novela para la Televisión en Venezuela, y algunas otras incursiones esporádicas, no había realizado un documental con esa técnica. En especial la edición en sistema AVID y haber contado con el trabajo de Manuel Iglesias como editor, me aportaron una experiencia de gran importancia.

Por otra parte, la magnífica oportunidad de haber trabajado con amigos haitianos, en particular con el intelectual e incansable promotor de la cultura de su País, Frantz Voltaire, ha dejado en mi hermosas huellas en lo que puede hacer la amistad y el reconocimiento mutuos. Me demostró, más allá de toda frase hecha, cuánto tenemos esencialmente en común y hasta dónde formamos parte de lo que llamaría una misma nación cultural, a pesar de hablar idiomas diferentes, a pesar de diferentes tradiciones, a pesar de accidentes coloniales o históricos diferentes; siento que al mirarnos en el espejo que es pensar y trabajar juntos resulta que el espejo devuelve de nosotros la misma imagen.

Es un sencillo orgullo para nosotros que Puerto Príncipe Mío sea la primera producción audiovisual de CIDIH-CA, el Centro de Investigaciones sobre Haití y el Caribe, institución haitiana que hasta el momento, en lo fundamental, se había dedicado a la produc-

ción editorial. El documental es una producción haitiana realizada con nuestra colaboración y creo que ayudará a adicionar un nuevo camino para la producción de cine y video en Haití. Creo también que este trabajo demuestra que muchas posibilidades pueden resultar de la colaboración entre los países del Caribe.

Finalmente, si debo definirlo, en su sentido más íntimo para mí, Puerto Príncipe Mío es un documental pensado con amor que agradezco mucho haber realizado.



2

Se hace inevitable que esta relación con Haití la exprese en sus significados para mí de manera espontánea y entusiasta. Siempre tuve la sospecha, la enigmática atracción que hacía y aún hace de Haití, en todas mis referencias e intuiciones, un país mítico. Un concepto tan caro y fundamental para la comprensión de las poéticas de nuestras realidades, de nuestro imaginario, de nuestra historia y tradiciones, de nuestra cultura popular, y hasta de ciertas señales de nuestra cotidianidad, lo es sin dudas el hallazgo carpenteriano de “lo real maravilloso” americano; más que término, concepto fundacional, aparecido por primera vez, como es conocido, en el prólogo a su novela El Reino de este Mundo. Y aunque lo que



implica la idea no está limitado a la sorprendente realidad haitiana -Cuba, sin ir más lejos, puede mostrarse al paso-después de visitar Haití, de entrar a sus mercados coloreados, de andar y desandar sus calles sin aceras, de mirar a los ojos de la gente, de tomar la sopa amarilla -de los domingos-, de asistir a la “Fiesta de los Muertos” -el Guedé- en el cementerio de uno de los tantos “bidonvilles”, y reverenciar al Barón Samdi, de admirar las incontables y bellas versiones de las imágenes de Erzulí Freda y Erzulí Dantó, de sentir los calores incomparables de los rones y el sudor en la euforia de la valla de gallos, de apreciar los bordados de los balcones en las casas ginger-bread, de ver el gran mausoleo donde “reposan “ las cenizas del héroe que no obstante están en otro sitio, de ver los niños, las niñas, las mujeres, los hombres, siempre transportando sobre sus cabezas los más diversos artefactos del mundo, y el agua negra por las calles, y el agua clara con que lavan sus ropas los de la habitación donde viven 10 de familia, pero que gustan de vestir con cuidado, después que la belleza impone sus detalles en los momentos y lugares más inesperados en que aparecen cuadros, o esculturas, o buganvillas y flamboyanes, y se escucha la cadencia del “compa” en la calle donde se ofrecen hierros y áridos de todo tipo, y muebles

Luis XIV y frituras enigmáticas. Después de llegar hasta los sueños desafiantes de Christophe en Sans Souci y en la inimaginable Cittadele, que como un barco cargado de negros valientes navega entre las nubes; la Cittadele, que nunca vio Fellini, pero que le hubiera hecho llorar. Y todo, a la vez, en el país que derrotó a las tropas de Napoleón, el país de las leyendas de Louverture, y Petión y Dessalines y Christophe... pero que es uno de los 10 países más empobrecidos del mundo; y en el que me sentí andar con Nicolás Guillén y su amigo el gran poeta Jaques Roumain, y con el recuerdo de las visiones de Lam, porque yo también pude tocar ese imán, la sustancia de “lo real maravilloso” que inspiró el texto de Alejo, sus vibraciones. Creo que Haití transmite una inspiración, una fuerza, un no sé qué, a aquel que esté apto para sentirlo, para establecer esa relación sensorial e intelectual que provoca.

Admiro la dignidad, y una suerte de educación que diría natural en el trato del haitiano. Uno percibe un particular orgullo en ellos, aún en las peores condiciones sociales de vida. Aprendí a querer a Haití, y a su pueblo y renové mi admiración por su cultura y la historia de su formación como nación. Encontré y aprendí mucho en Haití.

3

Inicialmente Marilyn -mi compañera- y yo, visitamos Puerto Príncipe durante una semana. La visita me sirvió para conocer inmediatamente lo que sería el tema del documental. Recorrimos muchos de los sitios que luego fueron secuencias del documental.

Desde el inicio, el asesoramiento de Frantz Voltaire, así como de diversos especialistas en el tema de la situación de caos y superpoblación que presenta Puerto Príncipe, fueron decisivos.

Con posterioridad regresé con un equipo que formábamos 4 compañeros: Cámara, Técnico de Video, Sonidista y yo. Las productoras del documental, dos jóvenes profesionales haitianas, facilitaron siempre un clima de confraternización que estimulaba nuestra

disposición de trabajar sin descanso largas y agotadoras jornadas durante el rodaje. Fue muy importante el trabajo de campo que ellas adelantaron durante las investigaciones previas al rodaje, así como el rigor del asesoramiento de Frantz Voltaire. Pero el estímulo mayor venía de la propia realidad que nos empeñamos en revelar y en contribuir a su cambio, a través del resultado de nuestro documental.

El Premio Cora Coralina es el premio más importante del Festival Internacional de Cine y Video Ambiental que cada año se celebra en la ciudad de Goias, en Brasil. Esta fue su segunda edición y participaron 37 países en las diferentes categorías: cortometraje, medio y largometraje. Se otorga un premio por cada categoría y, finalmente, el Gran Premio Cora Coralina al filme más destacado de la muestra. Sin dudas, un Festival de mucha represen-

tatividad, muy competitivo, y para nuestra satisfacción y también nuestra sorpresa,

Puerto Príncipe Mío ganó el Gran Premio.

La realidad es el gran protagonista de la obra. De lo que se trata es de revelar los costados más expresivos del tema y de las ideas, su potencialidad poética, su posibilidad dramática. No creo que el cine de ficción sea o no más importante que el cine documental a los efectos del resultado artístico, existe el buen y el mal cine. Existe la artesanía que languidece sin excelencias, y existe la lucida y bien armada estructura del buen arte. Respetar las exigencias dramáticas del documental, asumir el género consecuentemente allí donde la realidad demanda de su lenguaje y no de otro, es reverenciar las cualidades poéticas de la realidad, y eso es un desafío para el artista.

